NÚM. 47. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 18 DE NOVIEMBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CEBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.

la fecha de las últimas noticias recibidas de Gaeta las tropas defensoras de Francisco II, que estaban acampadas al pié de los muros de la poblacion habian pedido capitular y se habia entrado en conferencias por una y otra parte con este objeto. Estas conferencias no han tenido por resultado la sumision al Piamonte; pero las tropas han abandonado á Gaeta, embarcándose para Civita Vechia. En Gaeta quedaban solo tres mil hombres de guarnicion.

De suerte que de un dia á otro se conoce que han variado considerablemente las circunstancias de la guerra. A principios de la semana se nos dijo que los defensores del fuerte de Gaeta habian pedido capitulacion y que los gefes de las escuadras estranjeras surtas en el puerto habian aconsejado al rey la retirada: despues pasaron dos dias, y al cabo de ellos se anunció que Francisco II habia rechazado la capitulacion y resuelto *á permanecer en* Gaeta hasta quemar el último cartucho; y posteriormente, es decir, anteayer se supo que la fuerza esterior de la plaza se marchaba y que esta se encontraba como hemos dicho, reducida á una guarnicion escasa. Desde que Francisco II rechazó la capitulacion, hasta el momento en que las tropas esteriores han hecho proposiciones de paz, tiempo en verdad muy corto, ha debido de ocurrir en Gaeta algun acontecimiento estraordinario. Cuando el rey resolvia la resistencia, esperaba sin duda que fuese eficaz y que se presentasen circunstancias favorables *para recobrar el reino perdido*; la *marcha* de la *mayor* parte de sus tropas debe quitarle toda esperanza. Ya algunos telegramas habian dicho, que se preparaba á embarcarse en un buque español; y aunque la noticia no se ha confirmado, no nos parece inverosímil que elija los buques españoles para su traslacion fuera de Gaeta, pues ademas del parentesco que le une con la familia real de España, está muy satisfecho de los servicios que le ha prestado el embajador de la reina cerca de su persona, satisfaccion que ha mostrado nombrándole duque de Riperdá.

Entre tanto, Garibaldi, despues de haber recibido á Victor Manuel en Nápoles, y haberle entregado el poder que ejercia en su nombre, se ha retirado á Caprera para dejar al gobierno nuevo toda su libertad de accion y salvarle de todo compromiso que le pudiera acarrear su presencia. Al despedirse de sus tropas les ha dirigido una alocucion invitándoles á estar preparadas para el mes de marzo de 1861, época en la cual comenzará una nueva campaña. Es decir, que Garibaldi ha dado por concluida su mision en este otoño y se retira á Caprera á tomar cuarteles de invierno y meditar los planes de futuras operaciones.

Tambien el rey Victor Manuel anuncia grandes cosas para la primavera del año próximo. Cuando se decia que Francisco II, iba á capitular y á embarcarse, el rey de Cerdeña decidió ir á Palermo y en este sentido dió un manifiesto á su pueblo; mas cuando Francisco II desaprobó la capitulacion, Victor Manuel suspendió su viaje, No sabemos si en vista de la próxima capitulacion habrá resuelto de nuevo verificarlo. De todos modos en su manifiesto espresa la conviccion de que los sacrificios que exigen la unidad é independencia de Italia no han concluido y de que en breve sus armas tendrán que sostener una gran lucha.

Hay, pues, en todas partes, una especie de programa guerrero que parece muy probable que se cumpla en todas sus partes y aun que los actores se escedan en su cumplimiento dándonos mas de lo prometido. Garibaldi ofrece entrar en campaña para marzo; Victor Manuel anuncia lo mismo para la primavera, que como es sabido comienza en 21 de marzo: y el Austria se arma hasta los dientes y eriza de cañones todo el litoral aleman é italiano, disponiéndose de igual modo para ese mes que los antiguos consagraron á Marte, dios de la guerra y que los modernos parece que han convenido en dedicar á la misma divinidad y festejar con muchas hecatombes.

Con las noticias de China ha sucedido una cosa parecida á la que ha pasado con las de Italia. En la semana anterior se dijo que los aliados habian sido bien recibidos por los mandarines, que se redactaba entre ambas partes un tratado de paz y que los representantes francés é inglés marcharian á Pekin para ratificarlo. Cuando estábamos dudando si se someterian ó no á las nueve genuflexiones que pide rigorosamente la etiqueta del celeste imperio, vino una noticia aterradora, segun la cual las negociaciones habian fracasado; los mandarines habian dicho que no tenian autorizacion para aceptar las condiciones que se les querian exigir; las tropas aliadas marchaban sobre Pekin y una enorme multitud de enemigos se reunia para impedirles el paso. Ya estábamos deplorando la suerte que iba á caber á los infelices soldados espedicionarios, obligados á combatir uno contra mil, cuando viene otro telegrama y dice que se ha firmado el tratado de paz; y otro añade que ese tratado se firmó el 5 de octubre y por fin otro agrega que en él se estipula una indemnizacion de 120.000,000 de francos ó sean 480.000.000 de reales en favor de los aliados, es decir 80.000,000 mas de los que la España exigió de Marruecos, despues de tres meses de combates de pruebas y de triunfos. Mucho celebraremos que ningun nuevo telegrama venga á desmentir los antiguos, que los plenipotenciarios lleguen á Pekin sin novedad y que logren ver al hijo del Sol sin necesidad de tocar nueve veces el suelo con la frente, humillacion á que nunca se someterán los europeos.

Las *buenas relaciones entre Francia é Inglaterra* se han estrechado en el banquete dado por el lord corregidor de Lóndres con motivo de su instalacion. Los brindis han sido entusiastas y sobre todo los periódicos ponderan los de Mr. Persigny embajador francés y los de los ministros Russell y Palmerston. Los banquetes son muy á propósito para unir y reconciliar voluntades, y no sabemos cómo no ha habido todavía quien escriba la *Historia de la influencia de los banquetes en la suerte de las naciones y en la civilizacion de Europa*. Si estuviéramos desocupados habriamos de emprender esta tarea, ó á lo menos un ensayo de ella, pues para desempeñarla á conciencia en un tratado especial, nos faltaria el genio necesario. De todos modos lo cierto es, que de resultas de este banquete se han hecho tan amistosas las relaciones entre los dos Estados, que la emperatriz de los franceses ha salido el 14 de incógnito, para pasar unas cuantas semanas en Escocia, al lado de la duquesa de Hamilton.

El rey de Portugal ha recorrido tambien algunas pro-

vincias de sus Estados, siendo recibido en todas partes con grande entusiasmo, y de vuelta á Lisboa ha prorogado por un par de meses el Parlamento á fin de que el ministerio tenga tiempo de estudiar varias importantes reformas económicas y administrativas que medita.

Tambien el gobierno español ha presentado á las Córtes varios proyectos de reformas que... ¡Pero, guarda Pablo! ya íbamos á penetrar en terreno vedado. Hablemos de teatros.

Una zarzuelita nueva original del Sr. Frontaura se ha representado en Jovellanos, titulada *Doña Mariquita*. Está llena de chistes y bien desempeñada. No tiene mas que un acto y así debe ser: los cuentos mas cortos son los mas graciosos.

En el Circo se nos ha dado una zarzuela titulada *A cual mas feo*: y se ejecutó á cual peor. Y sin embargo: *El hombre mas feo de Francia*, que ha servido de modelo para ella, es una pieza bien traducida y chistosa que se representó con grande éxito en la Navidad de hace unos doce años.

El Barbero de Sevilla en el teatro de Oriente ha salido medianamente desempeñado.

Una nueva compañía ha venido á *actuar* en Lope de Vega, y ha comenzado sus actuaciones, con la *Jura en Santa Gadea*. No hay entre los actores de Lope de Vega ningun Cid en el arte dramático; pero todos tienen buena intencion, deseo de agradar y aplicacion. Dios les dé buena mano derecha.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL RENACIMIENTO.

Venia preparado el renacimiento desde algunos siglos; no es cierto que haya tenido lugar de improviso ni á la vez en todas partes. Habíanse dedicado ya de muy antiguo las comunidades religiosas á desenterrar y copiar las grandes obras de los escritores latinos. Organizaron á fuerza de laboriosidad y de tiempo bibliotecas, verdaderos tesoros de filosofía y literatura clásicas. Se relajaron mas tarde, y dejaron no pocos ecos manuscritos, que representaban el trabajo de generaciones de monges, abandonados á la accion ya de la humedad, ya del polvo y la polilla. Los materiales estaban ya, sin embargo, reunidos: bastó que unos pocos hombres volviesen luego la vista á la antigüedad para que la antigüedad pudiese ser reconocida.

Escitó la lectura de los libros clásicos un verdadero entusiasmo. Se los comentó, se los ensalzó, se los tomó por tipo de lo bello, se los sobrepuso á todas las producciones literarias que habian aparecido despues de la invasion de los germanos. Hasta de bárbaro llegó á calificarse *lo que no estaba acomodado al gusto de sus autores*. Usaban del latin en menosprecio de la lengua patria; aspiraban los mayores talentos á ser comparadas sus obras con las de un Virgilio, un Ciceron ó un Tito Livio. Acabaron de determinar esa tendencia general de los espíritus las sucesivas inmigraciones de los griegos, espulsados de su país por la cimitarra de los turcos: los demás griegos, *antes muy poco conocidos, fueron estudiados* y admirados al par de los latinos; el paganismo dominó por completo en el campo de las letras.

Empezó este movimiento en Italia á principios del siglo XIV. Acababa de abrir Dante un nuevo mundo á la poesía, cuando Petrarca y Boccacio se esforzaban ya en circunscribirla al símbolo y al ritmo clásicos. Arrebatado por su amor á Laura, obedeció aun Petrarca á sus propios sentimientos, si no en todas sus obras, en sus inmortales canciones; Boccacio fue ya pagano, no solo en la forma, sino en los argumentos y en el desenfrenado sensualismo de que están impregnadas sus principales poemas. Poco despues de Boccacio, murió este autor en 1375; el *renacimiento* literario era ya un hecho en Italia.

A principios del siglo XIV, empezó la revolucion en Alemania; mas no fue tan radical ni de tanta trascendencia. El clasicismo no ha podido ejercer nunca en los pueblos de raza sajona el predominio que en los de raza latina. Introdújose en España á mediados del siglo XV, y era ya dueño del campo en el XVI, despues de las guerras de Italia. Aconteció, pues, mas ó menos, otro tanto en Francia.

El renacimiento literario, ¿cómo no habia de provocar mas ó menos tarde el renacimiento artístico? La arquitectura ojival habia sido siempre en Italia una especie de planta exótica: no habia tenido el desenvolvimiento lógico que en los demás países europeos. Participó muy pronto de tan poderosa influencia. La ojiva era su trazo distintivo: se la conservó, pero sentándola, no ya sobre *h ces de columnas*, sino sobre columnas ó pilares de distintos órdenes romanos. A poco fue la misma ojiva reemplazada por la plena cimbra; el arte, recobrando sus antiguas formas y proporciones. Tuvo el renacimiento arquitectónico ya en el siglo XIV á un Orcagna; en el XV á un Brunelleschi, á un Alberti, á un Bramante; en el XVI á un Rafael y á un Miguel Angel. El arte monumental ha seguido en todos los siglos las *evoluciones de* la li eratura: no era natural que dejase de esperimentar una de las mas profundas.

Fue en Italia la transicion de uno á otro estilo sumamente rápida; no tanto en Alemania, Francia ni España donde la ojiva constituia todo un sistema y tenia echadas las mas hondas raices. La ojiva pasó aquí antes de su muerte por una série de trafornaciones que la fueron desnaturalizando. Coexistieron por algun tiempo en España las dos arquitecturas: *la ojival continuó dominando* en los templos, la del renacimiento fue invadiendo las casas de los concejos y los palacios de los nobles. Iglesias ojivales hemos visto construidas en la segunda mitad de nuestro siglo de oro: sus puntos parroquiales llegaron no pocas veces á dar por tipo á los arquitectos otras edificadas años antes. ¡Tal y tanto era el amor que se sentia *hácia la verdadera arquitectura cristiana!*

No alteró el renacimiento en España ni en otro pueblo la planta de los edificios religiosos. Tomó de las ruinas de la antigüedad todos sus miembros, pero los combinó de muy distinto modo. Con el deseo de aparecer mas bello que grandioso, prefirió la superposicion de pequeños cuerpos arquitectónicos á construir uno solo acomodado á las proporciones de cada monumento. Decoró con profusion zócalos, columnas, archivoltas, frisos y cornisas; abrió en los interlocutorios y sobre los umbrales de las puertas, elegantes nichos destinados á recibir imágenes. ¡Qué de medallone- y guirnaldas de flores no distribuyó en sus fachadas! ¡qué de grifos y otros seres fantásticos! Hasta los dinteles de las ventanas embelleció y cubrió de delicados follajes. Usó mas de la pintura que de la columna, dió á una y otra las mas caprichosas formas, las substituyó no pocas veces con graciosas cariátides.

Monumentos de ese estilo no faltan en España. Las casas consistoriales de Sevilla le presentan revestido de toda sus magnificencia. Se le puede estudiar con fruto en la cárcel de Baeza. Es notabilísimo en el panteon de la casa de Segorbe, una de las mejores joyas del monasterio de Poblet, y en el de don Ramon de Cardona, trasladado hace algunos años del convento de padres franciscos de Bellpuig á la iglesia parroquial de la misma villa; notabilísimo tambien en los sepulcros de los Reyes Católicos de la ciudad de Gran da y en las puertas del O ispo, que existen y están cuidadosamente conservadas en la iglesia de San Andrés de esta córte. Hasta calles estrechas y tortuosas de muchos de nuestros antiguos pueblos contienen, por fin, hermosas y acabadas páginas del Renacimiento.

Es generalmente bella en todas sus partes esta arquitectura; pero carece de sentido. Se busca inútilmente en ella nada racional, nada lógico. Su belleza está en los pormenores, no en el conjunto; en la forma, no en la idea. Su decoracion, del todo arbitraria, no tiene por generatriz ninguna línea. El paganismo y el cristianismo están en todas sus obras en nefando consorcio. El arte apenas guarda relacion con el objeto de los monumentos. En el panteon de Bellpuig la urna que guarda las cenizas del virey descansa sobre las espaldas de cuatro sirenas; ninfas puramente mitológicas como que aspiran á deponer coronas *sobre aquella tumba. Las figuras de Cristo y de la* Virgen aparecen poco menos que confundidas con aquellos símbolos paganos. Algunos detalles revelan que aquella obra es un sepulcro; el todo podria pasar lo mismo por un panteon que por un arco de triunfo.

La cárcel de Baeza es todavía bajo este punto de vista mas disparatada. Abre la puerta principal su arco rebajado *entre dos columnas estriadas sobre que se estienden* del collarino alajo mascarones y graciosos arabescos. Están tend dos sobre el dintel dos sátiros. Carga sobre el primer cuerpo otro en que pilastras delicadamente cinceladas sostienten un rico entablamento. En el friso rebosan entre ramos de flores alegres geniosalados. ¿Quién podria ni remotamente suponer que fuese aquella una cárcel. Hay en la misma fachada figuras simbólicas de las virtudes cristianas, testos de la Biblia alusivos á la misericordia y á la justicia; mas ¿bastan acaso para justificar una decoracion tan caprichosa el destino y el carácter del monumento?

De *plateresca* está calificada entre nosotros esta arquitectura. El epiteto no puede ser á la verdad mas justo. Es todo convencional en las obras de aquel estilo: no hay nada inspira lo por la razon ni por el sentimiento. Y sin sentimiento ¿qué es el arte? La arquitectura romana era ya una degeneracion de la griega; la plateresca fue una segunda degeneracion de la romana. En la griega no habia un solo miembro inútil; todo tenia su razon de ser, todo era un elemento obligado del sistema. La romana, merced á la esplicacion de la plena cimbra, debia para ser lógica haber rechazado todas aquellas partes que hubiesen perdido su significacion genuina, no lo hizo y dejó violados los eternos preceptos de la estética. Nos las desechó tampoco el Renacimiento, antes las multiplicó lastimosamente; fue todavía mucho mas absurdo.

Conviene, sin embargo, advertir que el estilo del Renacimiento no fue el mismo ni aun en todos los arquitectos del siglo XVI, época en que el amor á lo plateresco fue mas decidido y ardiente. Bajo el reinado de Cárlos I dominó en muchos pueblos de España una arquitectura grave, severa, arrogante, de no poca grandiosidad y de mucho carácter. Las paredes, todas de silleria, apenas presentan interrumpida la superficie sino por grandes escudos de armas; los arcos de sus puertas están compuestos de largas y anchas dovelas; sus ventanas llevan cuando mas recamados de grandes hojas las archivoltas de sus plenas cimbras. Presenta todo cierto aspecto militar; y hasta los mismos palacios levantados para descanso de las fatigas de la guerra parecen fortalezas.

La arquitectura tendia en medio de sus mismos desvaríos á identificarse mas y mas con la greco-romana; la revolucion aspiraba naturalmente á completarse y á ser lógica consigo misma. No hay mas para apreciar esta tendencia que fijar los ojos primero sobre el palacio del emperador en la Alhambra de Granada; luego sobre San Lorenzo del Escorial y algunos de los monumentos construidos en Aranjuez bajo el reinado de Felipe II. La arquitectura sencilla y severa de que hablábamos en el párrafo anterior va tomando en estas fábricas un carácter mas artístico, pero sin abandonar aquella senda. Siguió *en España sobre todo bajo el impulso de* Herrera el movimiento que le habia impreso en Italia Miguel Angel.

Fue solo un estilo de transicion el que llamamos del Renacimiento. Así no podemos menos de estrañar que hoy se trata de resucitarle. ¿Qué significa en sí ese estilo? Absolutamente nada.

Lo diremos con la franqueza que nos caracteriza. Para deber conducirnos á tan mezquino resultado, preferiríamos cien veces que nadie se hubiese acordado de crear una escuela especial de arquitectura. Porque, forzoso es llamar las cosas por sus verdaderos nombres, esta restauracion es soberanamente estúpida.

J. PI Y MARGALL.

UNA PEREGRINACION A MONSERRAT (1).

III.

SANTA CECILIA.—MONISTROL.—CERCANÍAS DEL SANTUARIO.

La falda septentrional de la sierra acaba en un espolon que viene á formar como digimos el ángulo N. E. del Monserrat, para torcer hácia las laderas orientales, donde á otra legua de distancia, y en el hueco de una quebrada, se cobija el santuario.

Tras las impresiones y peripecias del camino recorrido, sorprende agradablemente la vista de un edificio en aquella esplanada, que aunque mísero y de ruin aspecto, al fin es la primera vivienda humana en tan de olado yermo. Y si el viajero es conocedor, ó tiene alguna nocion de la historia local, sorprenderáse con mayor embeleso al reconocer en esa casucha un verdadero monumento, y en ese monumento el que un dia fue cenobio y parroquia de Santa Cecilia.

Si por su amena aspereza Monserrat ha sido desde los primeros siglos cristianos delicioso retiro eremítico, probable es que á igual circunstancia y á sus otras ventajas topográficas, mereciese en la série de indígenas revoluciones, ser considerado como buena posicion estratégica. Por eso desde tiempo inmemorial, en los cerros y flancos *mas salientes hubo una línea de castillos* que defendian sus avenidas, de los cuales en añejas escrituras se calendan los de Olzavio, Agaton, Benelacio ó La Guardiá, el solariego de Monserrat y el de Marron ó Santa Cecilia.

Argaiz que pudo registrar los archivos de la casa, deriva la *marro* de *marrada* ó esquinze, por el que allí hace la montaña; y *en realidad, siendo* aquel uno de sus boquetes mas accesibles, f ndadamente puede admitirse la existencia del antiguo castillo en la proximidad de Santa Cecilia.

La iglesia, obra del siglo X, fue erigida en cenobio; principió bajo la sujecion de Ripoll, pero luego desmembrada, cuando la condesa Riquilda aumentó sus posesiones. Sirvió largo tiempo de parroquia con independencia de Monserrat, y habiendo corrido la suerte de este, decayó últimamente hasta reducirse á la condicion de simple capilla rural (2).

Hoy apenas queda huella de un habitáculo tan venerable parte de su iglesia, algunas tapias desmanteladas con señales de cláustro y cisterna, y un oscuro chiribitil indigno casi de albergar á la pobre familia de colonos que

(1) Véase el número 10 de este año.

(2) El castillo de Marro alzábase á cuatrocientos pasos de Santa Cecilia. Rodulfo, caballero, en 871 lo vendió con otra hacienda á unos nobles casados, Ansiulfo y Druda, declarando en la escritura tenerle por merced de *Cárlos, rey gloriosísimo*, que pudo ser Carlomagno ó su nieto el Calvo, señores directos entonces de Cataluña. Ignórase si la iglesia estaba ya labrada, ó si la edificaron los adquisidores; el caso es que Druda, viuda de Ansiulfo, en 1.° de junio de 912 *enagenó por diez onzas de oro, a Cesario*, sacerdote (despues arzobispo de Tarragona) sobrino suyo, la iglesia y la casa, á la sazon echada por el suelo, junto con su hacienda, lindante al S. con la pena de Cárlos *ad ipsum roccam nominatam Charol*). En 22 de junio de 945 Cesario impetró de los condes Sunario y Riquilda, mediante aprob cion del obispo Georgio de Osona (Vich.), licencia para erigir el cenobio, bajo la regla de San Benito y la advocacion de los santos Pedro y Pablo, apóstoles, San Miguel, antiguo patron de la montaña, y Santa Cecilia titular de la iglesia, pudiendo consagrarlo en 955 como abad de él, en compañía de cuatro monges, despues de recibir de los condes por dotalia, varias fincas sobre los lugares de Engilida (Gelida), Ortous y otros, como tambien sobre los castillos de Pontons y Masquefa. En 1052 fue reducida esta casa á la dependencia de Ripoll, y desde entonces «siguió muy en su ser, con propio abad y monges; los cuales por medio de su ejemplo sabian ganarse la voluntad de los fieles.» cruesalo la donacion que le hizo en 1104 la familia de Sanier, de la iglesia de Santiago de Marganell, en Castrobici (condado de Manresa). A mediados del siglo XVIII Santa Cecilia era parroquia, sin menoscabo del señorio que su abad ejercia plenamente como castellano de Marro, con derecho de carcel y cepo, facultad de poner baile y tomar pleito homenaje á sus vasallos, percibiendo de ellos diezmos, censos, tercios, luismos, alcabalas y otras prestaciones feudales y dominicales.

lo guardan, es cuanto resta del cenobio de Cesario. Gracias aun á las exigencias de un culto ocasional, logramos ver conservada dicha parte de iglesia ó *cella*, que sino sube á la época de la primera construccion, le andará muy alrededor, ofreciendo idea aproximada de lo que ello pudo ser.

Tosca, *ruda y sencillísima, con su bóveda de cañon* y sus arcadas de pleno cintro, es una de aquellas construcciones del género bizantino que recuerdan las primitivas basílicas cristianas. En su interior merecen notarse la pila bautismal encajada en el muro, y junto á la entrada, que es por el ápside, unas filas de nichos cuyo destino difícilmente se esplicaria, como no sirviesen para depósito de reliquias ú ofrendas: el busto de la santa tutelar, arrinconado y maltrecho sobre unas tarimas, debió ser buena escultura en el siglo XIV, á juzgar por sus elegantes paños y otras menudencias bien acabadas.

Indecible es la impresion que en el seno de aquellos peñones sin edad, ejerce esta ruina casi milenaria, tan respetable en su vejez como pintoresca en su degradacion; y de seguro ningun lápiz quedará ocioso ante el grupo de techumbres caidas y paredones recortados, en medio de las cuales avanza la iglesia sus dos redondas ápsides, graciosamente recamadas por algunos filetes y una cenefa de arquillos en resalto.

Siguiendo la *interrumpida via á mano derecha*, por una cuesta asaz laboriosa, veremos aun tenderse sobre nuestra cabeza anchas sábanas de peñas en lechos algo mas uniformes que los anteriores, pero cual nunca imponentes en su magnífica grandiosidad. Para hacerse idea de sus proporciones, baste decir que al paso, en un hondon, yacen cuatro ó seis ingentes moles que doscientos hombres dándose las manos abrazarian apenas; no obstante esas *moles son simples dentellones lanzados* de la cima por efecto de un temblor que acaeció á últimos del siglo XVII. En cambio, fijo y erguido asoma allí cerca otro dentellon ó gran cono, de quinientos cincuenta piés, tanto mas visible, cuanto aparece aislado, á semejanza de aquellos pilares que los muchachos saltan por juego; y á este símil precisamente debe el nombre de *Caball bernat* que le ha dado el vulgo en su lenguaje pintoresco.

Por debajo de esos grandes lienzos, al pié del camino, los estribos de la montaña van descendiendo en lomas redondeadas hasta el fondo de una cañada, donde el Llobregat ténue arroyo en apariencia, pasa rozando la línea de colinas, que á la opuesta vertiente corren, sulcan, huyen y se pierden entre vagos celajes. Un poco mas adelante recogidas sus aguas en ancha presa, saltan bullendo despues de dar actividad á algunas fábricas que se elevan á una y otra márgen, centinelas avanzados del pueblo de Monistrol, cuyas negruzcas y abigarradas techumbres no tardan en seguir sembradas por la falda como rebaño de ovejas.

Activa, populosa, célebre por sus frutas, rica por sus aguas, que la hacen gratísima residencia en verano, esta villa, hija de Monserrat, unida generalmente á sus destinos y azares, tiene sin embargo una vida é historia propias; vida de gran porvenir, desde que cruza por ella el principal de los ferro-carriles catalanes; historia de brillantes páginas, *desde que heróicos hechos en nuestro* siglo, aquilataron la intrepidez de sus moradores.

Monistrol es voz corrompida de *monasteriolum*, pequeño monasterio que los benedictinos poseyeron, segun algunos, ya antes de fundarse la principal casa de la Vírgen. ¿Era quizá un conventículo primario bajo distinta dedicacion, por ejemplo la de San Pedro que aun conserva?

Que existia *en 942 es indudable*, pues la escritura de enagenacion del castillo de Marro, señala como una de las afrontaciones «ipsas roccas quæ sunt super ipsum locum qui dicitur *Monasteriol*.» Si consideramos lo escabroso de la montaña y lo difícil de acarrear á ella los materiales necesarios para una fábrica algo regular, nada estraño seria que los religiosos esploradores hubiesen creido mejor quedarse al pié, cuando no otra cosa, por medida interina, hasta vencer los inconvenientes que el nuevo plan ofrecia.

Como quiera, el conventillo existió y permaneció largos años, *sirviendo de núcleo á la poblacion* que de él ha tomado orígen, si bien con menos suerte que Santa Cecilia ningun rastro dejó de sí, pues sin duda se labró en su lugar la actual parroquia, edificio bastante capaz, de últimos del siglo XV, aunque sin mérito especial. Tiénelo en cambio, y mucho, el célebre puente que encabeza la villa, obra digna de romanos si no fuese de frailes, por cuyo ojo mayor pasaria en cuerpo, segun es fama, el grandioso santuario moderno. A 5 de *setiembre de 1317* dióle comienzo el padre prior Bernardo Escarrer, «considerando, dice un cronista, el aumento á que habia llegado la casa de Monserrat, el estado y estimacion en que la habian puesto los milagros de la Vírgen, y á fin de que los numerosos peregrinos que de todas partes acudian, tuviesen seguro el paso del rio Llobregat.»

Otra obra debe hoy admirarse en Monistrol, y es la carretera recien abierta por la sociedad concesionaria del carril de Zaragoza, con igual objeto de obviar el acceso al santuario. Mucho puede la asociacion, ese gran elemento de vida de nuestra época: en breves dias una empresa particular concibe y lleva á cabo lo que durante largos siglos no alcanzaron la opulencia de los religiosos, ni el poderío de los monarcas. A su valiente iniciativa le ha bastado pronunciar el *fiat* para que un trabajo, tenido casi por irrealizable, se mire hecho, listo y esplotado, á grande honra suya y beneficio de los concurrentes, los cuales en lo que hace poco costaba llegar á San Félix, vense ahora al cabo de su jornada, no solo con ahorro de tiempo, sino de gastos y prolijos sinsabores. Quizá sea *mas romántica la via por nosotros seguida*; mas en el concepto utiliario no cabe duda que la nueva comunicacion es una mejora incalculable, asi para la compañía y la generalidad del público, como para Monistrol y aun para Monserrat.

Démonos prisa á llegar á nuestra vez, pues mucho falta aun que observar. Ved ahí paralelamente y algo encima del camino, un ancho sendero franqueado de lentisco y madreselva: el *abrigo de las peñas debe constituirle* un agradabilísimo paseo de tarde. Recórrenlo, en efecto, varias turbas, cuyo animado vocerío despierta burlones ecos en las angulosidades de aquella quebrada. Trepemos entre brezos y jarales, y corramos á estrechar la mano de los que harán luego una sola familia con nosotros; pero ¡oh maravilla! ¿qué nuevo asombro se nos ofrece? En mitad de una plazoleta, y en el recodo de inmensos espaldares que cierran dicho sendero por el Norte, *una* hermosísima cascada, superior mil veces á los juegos artificiales de un jardin, mana por escondidas grietas, destílase *entre* penachos de culantrillo, y formando como un espejo á lo largo de las rocas que ella misma ha pulimentado, cae en menudo rocío, en lluvia ó en chorros sobre festones de ramaje, y en parte dentro de un recipiente cuajado de estalactitas, verdadero palacio de ondinas, perdido en las irregularidades de una honda escavacion, donde su linfa cristalina, rebosando siempre á flor del labio, brinda incomparable frescura á cuantos se *llegan á beberla por salud ó por recreo*. Y las alborozadas comitivas deteniéndose en este confin de su ambulacion, ya reclinadas en el césped que les presta mullida alfombra, ya ocupando la graderia que allí naturalmente se hace, beben y meriendan, juegan y retozan, pospuestas las frias reservas de la convencionalidad social, á las efusiones de una libertad decorosa, que no pueden menos de escitarse bajo el encanto de aquel sitio.

Tal es, *ligeramente diseñada la fuente de los Degotalls* (Goteras), bien conocida de los espedicionarios de Monserrat, no solo por lo ya dicho, sino por ser casi el único manantial perenne de la montaña; pues en efecto, si alguno otro hay, es intermitente y tan escaso, que no merece señalarse, y aunque para su servicio el monasterio se halla surtido de copiosas y escelentes aguas, todas fluyen de depósitos canalizados desde lejos, como fácilmente se observa por las *secciones de acueductos* que cruzan entre otros por cima del mismo paseo de los Degotalls.

Este *lindo belvedere*, en menos de un cuarto de hora, va á guiarnos al término de nuestra correria. Doblando otra escalera, de repente un gran vacío ataja nuestros pasos; el teatro cambia súbitamente de decoracion. Nuevas series de peñas en anchuroso semicírculo, despliéganse ante nosotros desde sumidades que huyen en el cielo, hasta profundidades que se esconden en el abismo: horrendo precipicio donde el rio borbota sordamente velado *en sus propios vapores*. A la *sombra de estas peñas* erizadas, y en el confin de un vallecillo bien cultivado, donosa peana de esmeraldas, álzase finalmente severa, arrogante, por demas sencilla, sin otro adorno que algunos banconcillos parecidos á nidos de golondrina, y simulando una forma triangular por su tejado á dos aguas, la fachada oriental y posterior del monasterio de Nuestra Señora. A su derecha, aunque mas baja, avanza en ángulo recto la *obra moderna de la escalonia*, llevada á buen término, casi sin recursos, por el actual presidente, y á su izquierda, un puentecillo que está al nivel de los pisos superiores, *abre* sobre la huerta de la *Mongía*, resguardada por altas lomas con esposicion al Sur, que viene declinando hácia el valle y termina en un grande aljibe, cuerpo avanzado á manera de baluarte, desde cuya barandilla, promediada de algunas estátuas colosales de santos benedictinos, despéjase el mas lindo panorama al Oriente y al Mediodía, abarcando la mitad de Cataluña entre el Pirineo y el mar, incluso todo el pais *que el rio baña en su curso casi entero*. Vénse *ademas á* primer plan de este valle, antiguamente dicho de *Santa Maria*, dos oratorios sin culto, uno erigido hácia el año 1530 por cierto clérigo domiciliado en Monserrat, que lo dedicó á los Santos Apóstoles, haciéndose retratar en una de las figuras que los representaban, y otro cincuenta pasos mas adelante, bajo el nombre de San Acisclo y Santa Victoria, reedificado por la casa de Oliveres *en 1224*, que lo dotó, fundando en él una misa anual perpétua. Pobrísimos entrambos, nada dicen al observador, gracias á los deterioros y espoliaciones que han sufrido; sin embargo, *dan interés al segundo* la lejanía de su orígen, por ser primordial eremitorio de la montaña, y la tradicion que supone colgaba en aquel lugar, alianzada sobre pilares una campana prodigiosa, la cual á semejanza de la célebre de Velilla, tañia por sí propia en ocasion de sucesos estraordinarios. Colocada despues en el reloj de la torre, sirvió para dar los cuartos de hora, guardando siempre el nombre de *campana del milagro*.

Ver *de improviso en* el seno de aquella zanja hondísima el monasterio y sus adyacencias, segun acabamos de delinear, suspende y enagena por preparado que uno se halle, como si se dudara atribuir á obra de hombres el templo consagrado á una imágen que es obra de ángeles. Aunque su construccion por este lado ningun mérito especial reune, lo vasto de ella, unido á la grandiosidad del cerco que la rodea, *forma un cuadro de sorprendente* efecto; en conjunto, singular y maravilloso.

La vez primera que nosotros lo descubrimos, al *crepúsculo de una tarde de julio*, clareaba el edificio sobre nubes condensadas en opaca cerrazon, amagando una próxima tormenta, que se preludió en breve con siniestras exalaciones. Si ya de ordinario aquel espectáculo es mirífico y original, júzguese qué golpe no ofreceria en los solemnes momentos que preceden á una tempestad, cuando la naturaleza parece recogerse en el presentimiento de insólitos estragos, cuando todos los objetos se *eclipsan en sombría velatura, como si* los envolviese un paño funeral. Entonces si que se hubiera tomado aquello por vision del otro mundo: al paso que las brumas arremolinadas se desbocaban por los vericuetos en gruesas colinas, ó se tumbaban rastreras por el valle; los altos collados salian á trechos por encima, acosados y negros como islotes en mitad del Océano. Los términos se confundian; el cielo se tocaba con la tierra; el llano se igualaba con el abismo. Hácia el centro, la *mole del convento* y las masas cercanas de peñascos, bosquejadas en tonos de plomo sobre un vacío cavernoso, parecian nadar entre aquellos vapores, y á la improvisada fulguracion de los relámpagos, oscilaban, danzaban, brillaban y desaparecian á guisa de vision fantasmagórica, ó á manera de cuadros disolventes iluminados por fuegos de bengala.

Diversa, aunque no menos asombrosa, ofrécese la misma vista al ocaso de un dia sereno. Dentro del marco de los primeros términos que resáltan en oscuro, fondos vagos y trasparentes se destacan á golpes, heridos de *moribundos resplandores* que ya recaman de oro el borde de las cornisas y la cimera de los piñones, ya salpican de grana las cintas de matorrales y las cenefas de canteras. Espléndidos reflejos destéllanse de arriba, mientras por abajo van subiendo sombras cada vez mas invasoras; y cuando el sol, que parece guarda su último beso para el alcázar de la Vírgen lo baña amorosamente en el acto de despedirse, sus rayos rasgados por cinco pitones, colmillos de la *sierra que magestuosamente dominan*, señalando al cielo como dedos de una mano colosal; diríanse chorros de gloria, desplegados en hermoso iris cual aureola de santidad, alrededor del tabernáculo que encierra á la celeste princesa de las montañas catalanas.

J. PUIGGARÍ.

CAMOENS Y SUS RIMAS.

I.

Al constituirse la nacionalidad portuguesa, al desgajarse del árbol ibérico la mas florida de sus ramas, Portugal, parece que ambos pueblos quisieron romper por completo sus relaciones, y levantar mas alta la barrera de las preocupaciones nacionales; de aquí el que hasta *hace poco el rumor de la vida política y literaria* de ese reino hermano no pasase mas allá de las débiles fronteras que de nosotros le separan, manteniéndole completamente desconocido de sus vecinos. No era en verdad que un pobre rio separase ambos pueblos, como dice Byron, era, sí, el fatal, el inmenso desprecio con que ambos pueblos se miraban. Compréndese esto mas fácilmente teniendo en cuenta que quizás no hay nacion alguna en *donde el espíritu de provincia esté mas marcado* que en nuestra península. En su historia, en sus costumbres, en su dialecto y hasta en sus leyes, se descubre á cada paso el gérmen de esa especie de *invencible inclinacion* á renacer los pueblos de esta monarquía, bajo el mismo aspecto en que se fueron constituyendo. Si esto es un bien ó un mal para España, no es esta ocasion de decirlo; pero hacemos notar semejante fenómeno para que se comprendan en todo su valor, las diversas causas que hicieron de dos pueblos hermanos, dos pueblos estraños.

Pero sean ellas las que quieran, el hecho es que España y Portugal *vivieron separados, siempre con* opuestas alianzas, recelándose siempre, y por lo mismo avivando mas y mas el odio comun, sin que bastara á conseguirlo el trato que es consiguiente, ni aun en los pueblos fronterizos. Al contrario, los hubo que siendo de una misma raza, hablando casi el mismo idioma, fue allí el odio mas vivo, y por lo mismo marcaba de una manera indeleble la línea divisoria de ambas naciones.

Esta especie de lamentable apartamiento dió por resultado el que naturalmente se debia esperar, y preciso es confesarlo, España fué mas allá de lo que sus intereses y la prudencia aconsejaban. Hasta *hace poco* Portugal nos era desconocido por completo. Su historia, su literatura su arte, su civilizacion en fin, eran ignorados; nada se hacia por destruir las vergonzosas barreras que nos separaban, nada por crear intereses mútuos, y mucho menos por fomentar una saludable y útil alianza entre ambos pueblos. Pero al fin, en estos tiempos en que todas las naciones tienden á ensanchar la esfera de sus alianzas, de pueblo á pueblo, *un sentimiento de vivo amor se ha* despertado entre España y Portugal, y creemos que cercano está el dia en que los lazos de una fraternal union *rompa para siempre*, hasta donde sea dable, esas fronte-

ras que intereses mal entendidos y funestos odios, se complacieron en hacer mas marcadas y mas intolerables.

Ocúrrensenos estas reflexiones, porque al hablar de Camoens, uno de los mas grandes poetas de la península, nos hallamos con que, á pesar de que él es el escritor portugués mas conocido entre nosotros, no lo es tanto, sin embargo, que la generalidad no desconozca lo que son y lo que valen sus *Rimas varias*.

Efectivamente, Camoens, cuyo abuelo, poeta tambien, era natural de Galicia y descendiente de una antigua familia de aquel reino nobilísimo, habiendo logrado en España los honores de varias traducciones que le roban la frescura y el perfume de sus hermosísimos versos, Camoens es mas conocido entre nosotros como autor de *Los Lusiadas* que como poeta lírico. Sea que nuestros antepasados profesasen al poema épico una veneracion religiosa y que por eso cayesen en lamentable olvido las *Rimas varias* del poeta lusitano, sea tambien que los estraños no mirasen estas con mas cariño que su propio autor, es lo cierto que mientras se saben de memoria cantos enteros del maravilloso poema, sus sonetos, sus églogas y sus letrillas, todas ellas llenas de una melancólica poesía, son casi desconocidas en España.

¿Es acaso que esas *Rimas varias* son inferiores en mérito á *Los Lusiadas*, y que el ilustre cantor de las armas lusitanas no se encuentre en ellas á la altura que en las preciosas octavas de su poema?

Esto es lo que vamos á examinar.

II.

El mérito de' poema *Los Lusiadas* está universalmente reconocido, el poeta alcanzó con él la corona de la inmortalidad, sus admiradores no encuentran palabras con que encarecerlo, y lo que es mejor todavía, las divinas páginas de Camoens merecen esa admiracion: ¿qué falta, pues, á la gloria del poeta? El mundo conoce al autor por el poema, pero ¿dejaria acaso de ser conocido si no hubiera escrito aquellos inmortales cantos? Sí, seguramente, y sin embargo, ¡qué gran poeta no es Camoens en sus *Rimas varias*!

Petrarca, que sobrevivió por sus canciones y sonetos

MONSERRAT.—RESTOS ANTIGUOS, PATIO Y CLAUSTRILLO.

apenas puede comparársele con justicia. Véncele Camoens en la ternura y en lo sencillo de la frase; apenas se encuentra en él la afectacion del poeta italiano, siente mas, en fin, y entre el poeta de Valclusse, y el cantor de las floridas riberas del Tajo, hay casi la misma distancia que entre la verdad y la ficcion. ¿Cómo, pues, sus numerosos sonetos dulces y fáciles, no alcanzaron la misma fama que los del cantor de Laura? ¡Ah! Camoens habia tocado la meta sagrada, habia arribado al poema, lograra, como Dante, resumir en su divino libro las luchas y la gloria de una raza heróica, y por lo mismo, y para su pueblo, ¿qué libro mas grande podia presentar á su admiracion? ¿qué mas rico tesoro podia confiar á su amor? Ninguno. He aquí, pues, por qué el poeta que en sus sonetos empieza

Eu cantarei de amor tão docemente
Por huns termos em si tão concertados, etc.

apenas es conocido fuera de Portugal, mas que por su poema maravilloso, ignorándose que en sus *Rimas varias* ha amontonado el poeta lusitano todas las dulzuras, todas las ternuras, toda la suavidad de que es susceptible el idioma en que están escritas.

El recorrió todos los géneros de la poesía, y en todos dejó trabajos inimitables; y si en sus dos comedias *Los Anfitriones*, y *Filodemo*, no va mas allá de lo que le permitia el arte dramático naciente, cúlpese á su pais, en donde parecen espiar en el drama lo sobrado líricos que nacen los poetas portugueses; ejemplo de ello, ese mismo Almeida Garret, que en su *Fray Luis de Sousa*, y aun en su *Alfajeme de Santaren* no logra jamás interesar con sus pesados diálogos, á pesar de lo admirablemente escritos, á las imaginaciones acostumbradas á la viveza y brillo del drama español

Recítanse entre nosotros á cada momento, aquellos versos de Zorrilla

Poeta, si en el no ser
Hay un recuerdo de ayer
Y una vida como aquí,
Detrás de ese firmamento
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de ti.

Y este mismo pensamiento admirable, ¡con qué dulzura no lo espresó tambien nuestro poeta en sus sonetos!

Alma minha gentil que te partiste
Tão cedo desta vida descontente,
Repousa lá no ceo eternamente
E viva eu cá na terra sempre triste
Se lá no asento Ethereo, onde subsiste
Memoria desta vida se consente
Não te esqueças de aquelle amor ardente
Que ja nos olhos meus tão puro vistes

Pero concretémonos á nuestro objeto.

Los colectores de la edicion que tenemos á la vista, la de Hamburgo, una de las mejores y mas purgadas de verros que se poseen, aseguran resueltamente que ante los sonetos de su poeta, *desapparece toda a caterva de sonetos que tem innundada Italia e Hespanha*.

Tomada en sentido absoluto, algo aventurada nos parece semejante asercion; son efectivamente admirables los sonetos de Camoens, pero Góngora, Latorre y Rioja, en particular los dos primeros, pueden presentarlos que esceden á los mejores de Camoens. No es esto espíritu nacional, sino espíritu de justicia y por lo mismo confesaremos ademas, con franqueza, que á nuestro modo de ver pocos poetas pueden presentar una coleccion de sonetos como los del poeta portugués.

Si fuéramos á insertar aquí los que nos parecen mejores, reproduciriamos casi todos, porque en todos ellos se nota la misma fluidez, la misma dulzura, la misma melancolía. Un rayo de apacible tristeza los baña dulcemente y es imposible que un alma que comprenda los misteriosos arcanos de la poesía, deje de amar unos versos que suenan tan suave y sonoramente. ¡Con cuánta verdad retrata en el siguiente soneto la tristeza del alma que se consuela con los recuerdos de un amor pasado!

Quando o sol encoberto vai mostrando
Ao mundo á luz quieta e duvidosa,
Ao longo de huma praia deleitosa
Vou na minha inimiga maginando.

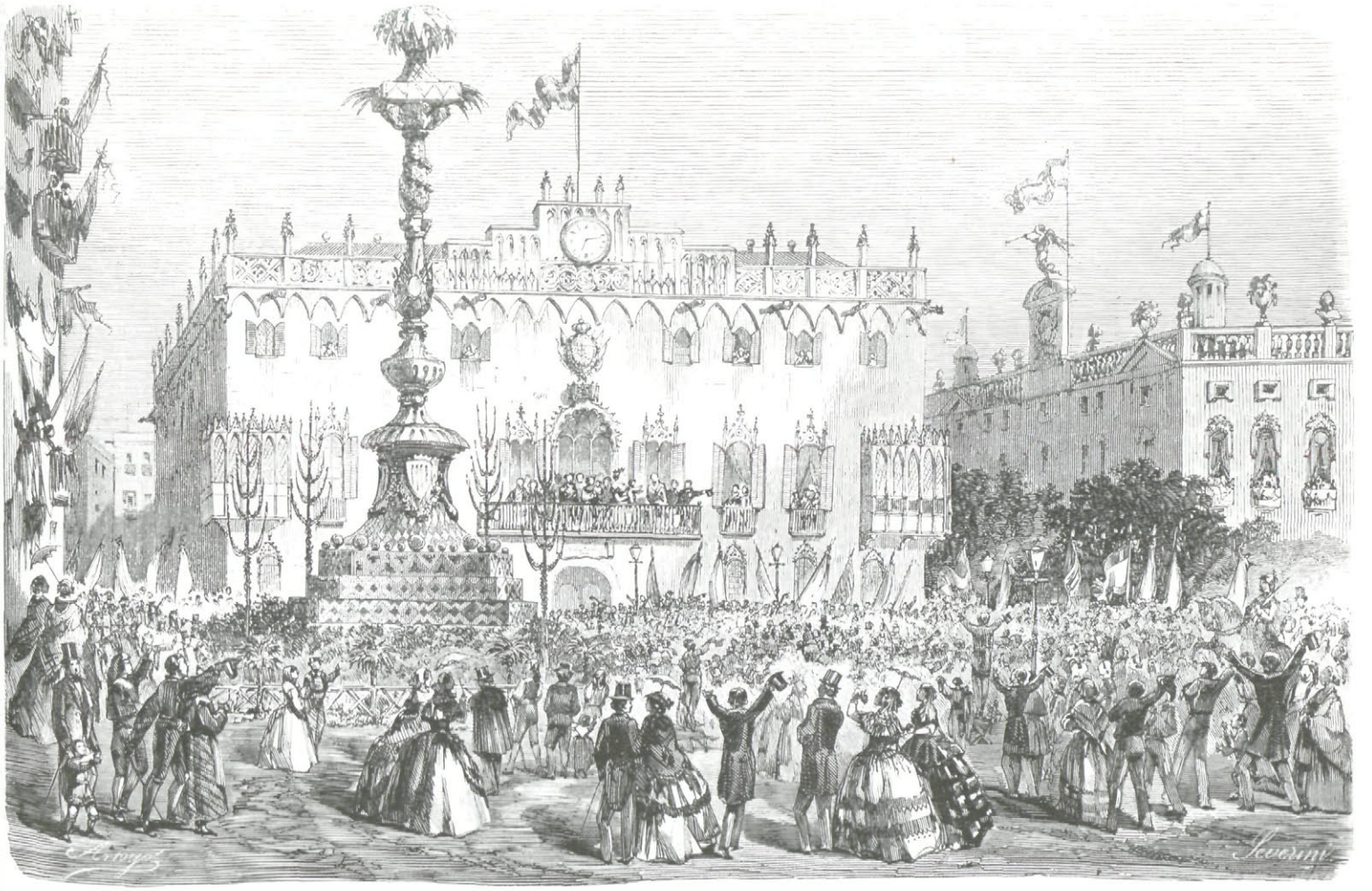
DON ANTONIO GISBERT.

DON FRANCISCO SANZ.

Aqui a vi os cabellos concertando,
Alli co'a mão na face, tão formosa;
Aqui fallando alegre, alli cuidosa,
Agora estando queda, agora andando.
Aqui esteve sentada, alli me vio,
Ergendo aquelles olhos, tao isentos;
Commovida aqui hum pouco, alli segura
Aqui se entristeceo, alli se rio;
E, en fin, nestes cansados pensamentos
Passo esta vida vãa, qu' sempre dura.

La *lira de Camoens, tanto en sus sonetos, como en* sus canciones y letrillas, parece que no tiene sino una cuerda, la del amor; el melancólico poeta, deja á cada paso exhalar su enamorado gemido, llora los desdenes de su dama, pregunta como el Petrarca, en qué jardines crecieron las rosas que hermosean el rostro de su amada, y en qué campos se cogieron las azucenas que tiñen aquella pálida fr nte sobre la cual caen los rizos dorados de la Ninfa del Tajo; pero á veces su alma se reconcentra en sí misma, y meditando en las amargas tribulaciones que rodearon su vida ¡la vida del gran poeta! escribe sonetos como el siguiente, en donde todo se halla reunido, forma y pensamiento.

¡Oh como se me alonga de anno en anno
A peregrinação cansada minha!
¡Como se encurta, e como ao fim caminha
Este meu breve e vão discurso humano!
Mingoa do a idade vai, crescendo o dano;
Perdeo-se-me hum remedio, que inda tinha:



MANIFESTACION HECHA EN HONOR DE LA REINA POR LOS ARTESANOS DE BARCELONA EL DIA 23 DE SETIEMBRE DE 1860.

Se por experiencia se adivinha,
Qualquer grande esperança é grande engano.
Corro apoz este bem que não se alcança;
No meio do caminho me fallece;
Mil veces caio, e perdo a confiança.
Quando elle foge, eu tardo; e tal tardança,
Se os olhos ergo á ver si inda apparece,
Da vista se me perde, e da esperança.

¡Qué triste melancolía! ¡qué profundo sentimiento se encuentra en estos versos! Solo tiene igual su tranquilo desaliento en la severa gravedad del siguiente soneto al rey don Juan III.

¿Quem jaz no grão sepulchro que descreve
Tão illustres signaes no forte escudo?
Ninguem; que nisso en fin se torna tudo:
Mais foi quem tudo pôde e tudo teve.
¿Foi Rei? Fez tudo quanto a Rei se deve:
Poz na guerra e na paz devido estudo.
Mas quão pezado foi ao Mouro rudo
Tanto lhe seja agora a terra leve.

¿Se quiere mas grándeza? ¿Es posible que alguno vea en tales versos al poeta cortesano, y no al poeta nacional al que cantó, todo lo grande, todo lo heróico, todo lo glorioso que ha producido su patria? ¿No es este soneto digno de un gran rey, y digno del gran cantor lusitano? Lástima grande que los tercetos no correspondan en sublime severidad á los primeros versos, pues entonces ninguna nacion podia presentar un igual epitafio, pero piérdese en sutilezas de mal gusto indignas del asunto y del poeta, y esto hace que la literatura portuguesa no pueda presentar semejantes versos como una obra maestra de arte y de genio.

Hemos dicho que á hacer mencion de los mejores sonetos de Camoens, nos veriamos obligados á trasladarlos casi todos; tanta es su belleza, pero no consintiéndolo la índole de este trabajo, los pasaremos en silencio. Sin embargo, haremos mencion de uno mas, que por estar en castellano, puede dar á aquellos de nuestros lectores que no posean el portugués, un ejemplo mas palpable de nuestros asertos. Camoens hizo bastantes versos en castellano, como muchos de sus compatriotas, y aun parece que quiso darle alguna preeminencia cuando en una de sus égoglas dice:

. . . . . Nota e vê, Umbrano
Quão bem que sôa o ver-o castellano.

y hé aquí cómo el cantor del Tajo, y de *Ines de Castro* manejó nuestro idioma, aunque á decir verdad y aventajando nuestro juicio en este asunto, Camoens, tan rico y rotundo en sus versos portugueses, no alcanza siempre á darles la misma gallardía y sonoridad cuando habla en castellano. Vease sin embargo un soneto, que nuestros mejores poetas no desdeñarian, y que en parte parece desmentir nuestro anterior juicio.

Las peñas retumbaban al gemido
Del mísero zagal, que lamentaba
El dolor que á su alma lastimaba,
De un obstinado desamor nacido.
El mar, que las batia, su bramido,
Con los retumbos dellas ayuntaba,
Confuso son el viento derramaba
En cavernosos valles repetido.
Responden á su llanto duras peñas
¡Ay de mí!—dijo—la mar brama y gime;
Los ecos suenan de tristeza llenos:
Y tú por quien la muerte en mí se imprime,
De oir las ansias mias te desdeñas;
Y cuanto lloro mas te ablando menos.

MANUEL MURGUIA.

(Se continuará.)

ARTISTAS PREMIADOS.

En el número de hoy tenemos el gusto de presentar á nuestros lectores los retratos de los señores don Antonio Gisbert y don Francisco Sanz, artistas que han sido agraciados con los primeros premios en la *Esposicion de Bellas Artes*: no acompaña el del señor don José Casado por no hallarse grabado todavía.

No se ha declarado oficialmente todavía la adjudicacion de premios; pero, sin embargo, es ya un hecho público que el jurado de *Bellas Artes* los ha distribuido en la forma que se deja indicada.

No es menos sabido, y esto dice mucho en pro de los artistas y de los progresos de la pintura entre nosotros, que no habiendo mas que un premio de primera clase para los cuadros de historia, y encontrando el jurado igualmente merecedores de él á los señores Gisbert, Casado y Sanz, acudió al gobierno para que aumentase el número de premios á fin de que el mérito y los esfuerzos de aquellos artistas quedasen igualmente recompensados, pero el gobierno no tuvo á bien conceder mas que otro de primera clase que con el que ya habia, fueron adjudicados á los señores Gisbert y Casado, siendo preciso destinar para el señor Sanz el primer premio de los de la clase de segundos. De sentir es que el gobierno se haya mostrado tan parco en satisfacer los deseos del jurado, así como que este no se haya atrevido á conceder al inspirado autor del cuadro de los comuneros, la medalla de honor que por su obra merece.

EL AVE FENIX.

Introduccion.—Plumaje del Fénix.—Su corona.—Su collar de oro.—Sus alas.—Su cola.—Sus ojos.—Sus espolones.—Sus uñas.—Investigaciones de un autor español sobre el pico de esta ave.—Canto del Fénix.—Tamaño del mismo.—Nimen á que estaba consagrado.—Su elevacion por algunos autores á reina de las aves.

El espectáculo de una naturaleza vírgen que desplegaba todo su esplendor, produjo sin duda alguna en los hombres de las primeras edades, impresiones análogas á las que esperimentaron Colon y sus compañeros al descubrir el Nuevo Mundo. Todo fué nuevo para ellos: bosques frondosos y altísimas cordilleras, rios de ancho caudal y mares murmurando tranquilos ó revueltos, diminutos insectos, águilas altaneras, leones de flotante melena, y mas que todo esa bóveda cristalina tachonada de astros que diariamente cruza un gran luminar cuya vista alegra y cuya ausencia adormece el pensamiento. Pero tanta exuberancia de riqueza era para el hombre lo que un grano de arena para el desierto, lo que un punto para el infinito, porque infinito es el deseo de admirar, inmenso el afan de sentir. La imaginacion no se satisface con pitones temibles y cetáceos gigantescos; es menester prestarles figuras caprichosas y colores fantásticos que los trasformen en basiliscos en dragones y en unicornios marinos. Valiente es el toro, y rey de las selvas el leon pero no basta su grandeza natural, y de ahí toros que brotan llamas por ojos y narices, leones de piel y huesos tan duros que rechazan las flechas y resisten la clava, en una palabra, feroces alimañas vencibles tan solo por un Hércules ó un Teseo. ¡Cuántas creaciones atrevidas! Hidras de siete cabezas, que sin cesar renacen: dragones cuyos dientes, cayendo al suelo, se convierten súbito en armados guerreros; quimeras con cabeza de leon, cuerpo de cabra y cola de dragon; aves con cabeza, pico y alas de durísimo hierro; centáuros y sirenas, tritones y cíclopes y por fin una mitología entera. ¡Siempre la imaginacion agrandando la naturaleza, y en pos de los mas caprichosos extravíos!

Pero á medida que los siglos pasaban sobre las primeras edades, iban desvaneciéndose poco á poco tantas y tan caprichosas ficciones. Los fáunos y los sátiros recobraban su carácter de monos, las sirenas se convertian en cetáceos, trasformábanse en cocodrilos ó pitones los basiliscos y dragones, los Hércules no eran ya mas que atletas hazañosos, y muchos dioses y semidioses reyes que alcanzaron nombradía por la brillantez de sus reinados. Trascurrieron algunos siglos mas, y todo se disipó como neblinas que se pierden en la atmósfera cuando aparecen los rayos del sol. Tan solo una creacion se ha librado hasta cierto punto de la accion destructora de los tiempos, y salvando los siglos, reina, aunque muy desfigurada ya, entre nosotros. Es la del ave FÉNIX. Ave dichosa que los poetas cantan en dulces trovas; que los moralistas cristianos no se desdeñan de tomar como metáfora; y que allá en otros tiempos fue para el gentilismo una especie de símbolo misterioso. Formas gallardas, talla arrogante, colores espléndidos, costumbres singulares, voz deliciosa, y en fin cuanto de mas arrebatado concibe la imaginacion de los poetas, otro tanto se encuentra en el Fénix.

Su plumaje es del color de la púrpura, segun unos, y de la escarlata segun otros, pero siempre hermosísimo, pues brillan entre sus plumas rojas algunas que son de oro. Por eso el inmortal Petrarca dice al hablar de ella:

Una stranna fenice ambidue l' ale
Di porpora vestita, e l' capo de oro.

Sobre cuya idea vuelve á insistir en los dos versos siguientes:

Questo l' nido in quela mia Fenice
Misse l' aurate e le purpuree penne.

Realza tan hermosa vestidura un arco iris de vivísimos colores que en ella se pinta. Tal se lee, por lo menos, en un poema escrito en latin sobre el Fénix que unos atribuyen á Zirmiano Lactancio poeta que floreció á fines del siglo III y principios del IV, mientras que otros han dado en suponer que le compuso un escritor pagano de aquella misma época.

Clarum inter pennas insigne est desuper iris
Pingere con nubem desuper alta solet.

Levántase en su cabeza una corona, segun San Epifanio, *coronam habet in capite*, ó bien una cresta de plumas segun Plinio: *Distinguentibus cristis faciem caputque plumeo apice coronestante.* Y en época menos apartada de la nuestra dijo lo propio el poeta francés Guillermo Salustio señor de Bartas.

Le celeste Phenix commence son ouvrage
Par le Phenix terrestre ornant de un tal plumage,
Ses membres revivans que l' amouel flambeau
De Eairan jusque en Fez, ne roi d' rien de plus beau.
Il fit briller ses yeux r, il lui planta pour creste
Un astre flamboiant aut somant de sa teste
Il ecrit son col de or, de scarlate son dos
Et sa queue de azur.

Mucho mas atrevido está Ausonio, pues refiriéndose al Fénix y á la cresta que todos los autores le conceden, se espresa en los términos siguientes:

Ales cinnameo radiatus tempora nido.

Imposible parece á primera vista que el Fénix lleve las sienes coronadas de rayos, pero si se atiende á que los gentiles ceñian las cabezas de sus dioses con círculos luminosos, y á que entre ellos estaba el Fénix consagrado al Sol, tal vez seamos indulgentes con las aventuradas y poéticas espresiones de Ausonio. De todos los pueblos de la antigüedad uno solo, el etiope fue sobrado ingrato con el Fénix postergándole al leon por ellos consagrado al rutilante Febo. Era tal la veneracion de los etiopes por el astro del dia que, no satisfechos con haberle dedicado el animal mas noble y mas valiente, se servian, en honor suyo, de sus propias cabezas á modo de carcajes disponiéndose en ellas las flechas cual si fueran otros tantos rayos. Por fin, aunque de paso, diremos que esa costumbre pagana de rodear con aureolas las cabezas de las falsas divinidades pasó luego á nuestra religion pues las cabezas de los santos van piadosamente ceñidas de esa línea de oro que San Epifanio llama *tiara*, ó de ese resplandor que algunos autores, movidos por un esceso de escrupulosidad, quieren que se derive no de la antigua idolatría, sino de la misma luz que suponen debia salir del rostro de los apóstoles.

Luce en su garganta un magnífico collar de oro, pues ya en su tiempo dijo Plinio: *Aurifulgore circa colle*; opinion que algunos siglos despues se encargó de corroborar la poética pluma de Petrarca:

Questa fenice de l' aurata piuma
Al suo bel collo candido e gentile
Forma senz' arte un sicaro monile
Chognicor adolce, il mio consuma.

Sus alas corresponden como es natural, á la esplendidez que resalta en su plumaje; pero solo por ser San Epifanio quien lo dice, puede creerse que afecten los colores de las piedras mas preciosas como son los jacintos, las esmeraldas y otras varias. Tales son sus palabras testuales: *Pavo enim aureas argenteasque habet alas: Phœnix vero hyacintinas et smaragdina pretiorumque lapillum coloribus distinctas.* Y por fin su cola, lo propio que la del pavon, se estiende tambien en pomposa rueda cerúlea, dorada y recamada á trechos de púrpura. Tal es por lo menos la opinion de Plinio, autoridad muy competente en la que hemos fundado ya mas de una vez nuestros asertos: *Cærulcam roseis caudan pennis.*

Resumamos, pues, tan magnífico plumaje: Todo su cuerpo rojo de purpura, grana ó escarlata, con plumas de oro en la cabeza en forma de penacho, y en la garganta constituyendo un collar: un precio o arco iris dibujado en sus plumas; alas del color del jacinto y de la esmeralda; y cola en rueda colorada de púrpura, azul y oro. A la magnificencia de esta coloracion debemos añadir ojos hermosísimos que brillan con secreto resplandor; elegantes piés armados con espolones; y uñas de color de rosa ó de rubí, lo cual nos recuerda á nuestro don Luis de Góngora cuando en su primera soledad exclama:

En cien aves, cien picos de rubies
Tafiletes calzados carmesies.

Ahora podrán comprender nuestros lectores con cuanta razon dice San Epifanio que es mas hermoso que el pavo real; y no se admirarán de que Tácito dijese, aunque á la verdad sin entrar en pormenores, que se distingue admirablemente del resto de las aves. Por lo dicho hasta aquí nos creemos tambien autorizados para desmentir á Lactancio cuando con sobrada falta de razones se atreve á suponer que el Fénix participa á medias del pavon y del faisan. Ciertamente es harto injusto con la belleza de la hermosísima ave del sol, y no sospechamos de qué suerte conciliaria su parecer con la idea que emite en otro pasaje de su obra, asegurando que por su tamaño es superior al de todas las aves y fieras de Arabia; y mas que todo aun con las citas que de intento hemos apuntado para que se vea que nuestra pluma no se espacia por campos imaginarios, sino por el firme y segurísimo terreno de las autoridades. No cabe dudarlo: el Fénix es la mas hermosa de todas las aves sin que conozca rival, no ya en el faisan comun pero ni siquiera en el pavo real.

Increible se hace que despues de tan minuciosas descripciones como se conservan del Fénix se descuidaran los autores de revelarnos la naturaleza del pico, pero tal es la desconsoladora realidad. Y á no haber sido por la loable diligencia de un escritor español, hoy nos veriamos privados de conocer un órgano tan interesante del cuerpo del famoso Fénix. Por fortuna don José Pellicer de Salas y Tobar en *El Fénix y su historia natural* (Madrid, 1630) apura todos los recursos de su talento y de su dialéctica para demostrarnos que debe ser *rufo*, *carmesí ó nácar*. Son tan lógicos los razonamientos en que se estiende, y tan felices las consecuencias que saca de sus bien traidas citas, que no podemos menos de adherirnos al pensar de nuestro erudito compatricio, y de congratularnos del brillante impulso que dió á este importantísimo punto de las ciencias naturales.

Era de temer, vistos los frecuentes desengaños que se sufren en este pícaro mundo, que la voz del Fénix desdijese de sus espléndidos colores. Y fuera fundado el temor sabiendo que la naturaleza creó pavos reales de voz tan ingrata como la del grajo, para que contrastaran con

los modestos ruiseñores de canto amenísimo. Y sin acudir al reino de las aves, ¿quién no ha conocido entre las humanas criaturas Adónis con alma mas negra que el Averno, y volcanes de sentimientos generosos y magnánimos? Pero no cabia inconsecuencia en la naturaleza tratándose del Fénix; y por eso todos los autores se hallan contestes en concederle una voz cual ninguna l'ena de armonía. Dícese que en blandos trinos pide al sol que le remoce, y aun añaden otros que con su canto, alas y pico diariamente saluda tres veces al mismo astro. Nada tiene pues de estraño que los gentiles se la consagraran, y que Lactancio la haya enaltecido con los títulos de sacerdotisa de Febo, de muy valida suya, y de sabedora de sus mas íntimos secretos. El mismo escritor al hablar de la voz del Fénix afirma que es tan sonora que escede en ternura á la del cisne que, sintiéndose morir exhala al aire sus dulcísimos cantos postreros; y hasta á la diestra lira del divino Apolo. Y sabido es cuán acordemente la pulsaba este discurriendo de una en otra region de la tierra lamentándose del destierro que le impusiera el dios Tonante, ó llorando los desdenes de algunas beldades de marmóreo pecho, ó entonando melodiosas cantinelas á las bellas que le prodigaban sus favores, ó bien concertando sus armonías con las de las nueve hijas de Júpiter y Mnemosina en las espesuras del Parnaso.

Muy pródiga de sus dones fue la naturaleza con el ave Fénix pues no solo la adornó con mágicos colores, sino que además quiso que superara en magnitud al águila misma. Tanta hermosura, muy digna era de un cetro, que bien se lo otorgaron algunos mas pagados del brillo exterior que de la realidad del fondo; pero estaba escrito que no habia nacido el Fénix para tan elevada honra. Era punto menos que imposible destronar al águila atrevida que remontando su vuelo desde las mas altas cumbres va á mirar cara á cara el sol cerniendose por encima de las nubes. Ademas, el águila fue en los tiempos antiguos el ave de Júpiter, y Júpiter es el soberano dominador del Olimpo; y en los tiempos modernos es el ave por escelencia guerrera, con lo cual basta para suponer que los demás aves le rinden humilde vasallaje. En todas épocas sin esclusion de la feliz edad de oro, la fuerza ha dominado sobre las sociedades; y esta ley constante del mundo rige tambien inexorable entre las pobladoras de las regiones aéreas!

José Monlau.

LA EDAD MEDIA EN ESPAÑA.

PENSAMIENTOS, MÁXIMAS Y SENTENCIAS DE ESCRITORES CÉLEBRES.

«Cuando oramos fablamos con Dios, e cuando leemos fabla él con nos.»

Diez de Gamez.

«Quanto los estados son mas altos, tanto á peligro son mas subjetos: que el que en llano se assienta, non tiene donde caya.»

Diego de Valera.

«El que dice a los omes con que les pese, dicen ellos a él con que non le place.»

Diez de Gamez.

«La justicia espiritual es la primera espada porque se mantiene el mundo.»

Alfonso el Sabio.

«Dos tiempos han de catar los grandes señores, en que han de estar guisados para obrar en cada vno dellos segund conviene. El vno en tiempo de guerra, e de armas, e de gente, contra los enemigos de fuera fuertes e poderosos. E el otro; en tiempo de paz, de leyes e fueros derechos, contra los de dentro tortizeros e soberuiosos; de manera que siempre ellos sean vencedores. Lo vno con esfuerço, e con armas; e lo al con derecho e con justicia.»

Alfonso el Sabio.

«Non es menor virtud guardar ome lo que tiene, que ganar lo que non ha.»

Alfonso el Sabio.

«Mas necesario es el consejo en el tiempo próspero que en el adverso: que la próspera fortuna ciega e turba los corazones humanos; e la adversa con su adversidad da consejo.»

Diego de Valera.

«Servid al rey, e guardadvos dél; que es como el leon, que jugando mata, e burlando destruye.

Diez de Gamez.

«Faz tal vida con los omes, que si te murieres lloren por ti; e si te alongares, hayan deseo de ti.»

Diez de Gamez.

«Comenzar en bien, e non lo afinar non es bien acabado; porque en la fin yace la honra. El comenzar de todos es; mas perseverar en ello es de pocos.

Diez de Gamez.

«En la lengua se conosce la ciencia: en el seso la sapiencia: en la palabra la verdad e la doctrina; e la firmeza en las obras.»

Diez de Gamez.

«Guardadvos de la compañia de los malos, que la vuestra natura furtará de la suya en poridad.»

Diez de Gamez.

«El emperador e el rey, magner sean granados señores, non pueden facer cada vno dellos mas que un ome.»

Alfonso el Sabio.

«El bien del reino es el bien e utilidad del rey.»

Enrique III.

«El consejo es buen antevenimiento que ome toma sobre las cosas dubdosas.»

Alfonso el Sabio.

«La mayor mengua que los grandes han es de consejo: porque a los tales muy pocos dicen verdad, porque la verdad engendra mal: e cerca de los señores mas suelen usar lisonja que verdadero amor nin consejo.»

Diego de Valera.

«El que non vence la su mala voluntad, antes se va en pos della, finca vencido: asi el que a su voluntad non es para vencer, mucho menos será para vencer sus enemigos: e la su poca constancia le fara perder la verguenza, e caer en desonor.»

Diez de Gamez.

«Cuando ovieredes á fablar ante los omes, primero lo pasad por la lima del seso, ante que venga a la lengua. Parad mientes que la lengua es un árbol, e tiene las raices en el corazon, e la lengua lo muestra de fuera.»

Diez de Gamez.

Janer.

LA CHINA EN ESPAÑA.

Asi como los baños de Wiesbaden, de Homburgo ó de Interlaken han alcanzado su celebridad estraordinaria por la voluntad de los gobiernos de que dependen, por la depurada civilizacion, por los refinados goces que allí rodean al viajero y no porque sus condiciones salutíferas aventajen en modo alguno á los de Santa Agueda ó de Panticosa, á los de Carratraca ó de Archena: asi como los escritores de todos los paises han reconocido hace medio siglo la necesidad de no citar otras montañas que las de Suiza y de la Auvernia, habiendo peligrado en un principio el éxito de Walter Scott, porque quiso llevar la accion de alguna novela á las cumbres nebulosas de la Escocia y no atreviéndose todavia ningun autor español á indicar modestamente la belleza incomparable de los montuosos paisajes de Asturias ni los atrevidos y siempre nuevos perfiles de los picos de Cataluña; asi como se ha convenido solemnemente, á instancia de los periodistas y literatos franceses, en que el Mediterráneo no tiene costas mas que en Italia, en Grecia, en Turquía y en Argelia dejando condenado á olvido perpetuo el litoral que se estiende desde Barcelona hasta Gibraltar y cuyos encantos naturales jamás pudo esceder ningun otro país de la tierra; asi tambien aunque mas absolutamente se ha estipulado que no tenga ya la Europa nada nuevo, nada misterioso ni patriarcal, ni primitivo, sino en tal cual rincon de la Bretaña francesa, ó de los valles de Hungria, ó de las dilatadas estepas que la nieve de Rusia preservó largo tiempo de la curiosidad de los pueblos occidentales.

Fuera de esas privilegiadas regiones la novedad en las costumbres, la originalidad en los tipos no son compatibles con la civilizacion europea; hay que buscarlas allá en los ranchos de Buenos-Aires, en los lagos del Canadá, en la Siberia Septentrional, ó en lo interior de Cochinchina; pero siempre con preferencia en cualquiera colonia francesa. Las naciones que nos preceden en la gloriosa senda de la civilizacion no solo se reservan el derecho de emplear el mágico poder de su prensa y de sus libros para enaltecer y ponderar cuanto les pertenece, sino que distribuyen arbitrariamente á los demás pueblos de la tierra todo lo que ellas no poseen, desde la perfeccion en un arte hasta la abundancia de malhechores, desde los trajes de los habitantes hasta la forma de sus aldeas, hasta el carácter general de cada país; todo por supuesto con la justicia y con la copia de datos empleadas por el viajero parisiense que al ver en Irun á un postillon limpiarse los dientes con la navaja escriba á un diario francés. «Los españoles no usan jamás palillos ni »plumas para la boca, emplean únicamente las enormes »navajas que acompañan siempre al buen español desde »los tiempos de don Pedro el *Cruel*.»

Que con todo esto se ha conseguido crear *atmósfera*, hallar eco en las mismas naciones que como la nuestra solo han merecido absurdos insultos, es cosa para todos demostrada. Muchos son los españoles que conocen la Francia mejor que su propio país: innumerables los que creen que todas las divisiones de España se reducen á las de sus antiguos reinos, que con haber visto á un estremeño, á un aragonés y á un valenciano forman juicio cabal sobre sus compatriotas de todas las provincias; mientras leemos afanosos la relacion de un viaje lejano al través de paises escepcionales, por su atraso ó por su prosperidad, olvidamos en frente de nuestra casa, si se nos permite decirlo asi, rincones menos conocidos que la China y el Japon, vallos, montañas, pequeños estados que por su misma pobreza son á veces notables y donde la civilizacion de nuestras ciudades figura tan solo como en la mente de un niño los soñados palacios de las *Mil y una noches*.

Sin duda me inspiraban estas reflexiones, cuando allá en la florida edad de las ilusiones candorosas atravesando con objetos diversos las regiones que se estienden al Sur y al Oeste de mi ciudad natal, llené las hojas de mi cartera de apuntes inconexos, confusamente agrupados bajo el epígrafe que encabeza estas líneas.

La mas humilde, pero tambien la mas exacta de aquellas memorias de viaje, dice asi:

LA CABRERA Y PABLO EL CABRERÉS.

Hácia los confines occidentales del antiguo reino de Leon, poco antes de llegar á la frontera portuguesa y al Surdoeste de las amenas y risueñas colinas del Vierzo, tan poéticamente descritas por Enrique Gil, el mas ilustre de sus hijos, se encuentran las últimas ramificaciones que en la tierra de Occidente pudo levantar el Pirineo. Sus cumbres eternamente nevadas, la inmensa altura de sus picos, los precipicios en que abundan, las inmensas rocas que de trecho en trecho interrumpen allí una vegetacion tan pintoresca como improductiva, demuestran claramente que la cadena pirenáica quiso al morir hacer nueva ostentacion de su poder salvaje y dejar en la cima de Teleno perpétuo recuerdo de las nieves del Caligó antes de perder su elevacion en los anchurosos llanos de Castilla.

Por las vertientes de aquellas montañas se deslizan con blando murmullo millares de arroyuelos que nacen á la vista de los solitarios pastores saltando despues de remanso en remanso ó de piedra en piedra, hasta llegar al curso de cuatro ó cinco torrentes bastante caudalosos, entre los que figura principalmente un rio apenas conocido, nunca celebrado por inspirados poetas y que antes que el Tajo debiera sin embargo ser llamado el *de las doradas arenas*.

Las escarpadas crestas de los montes forman asi para dominar la marcha de las aguas un vasto anfiteatro de cuyo fondo se destacan en desiguales grupos, apareciendo unas veces entre pinos, encinas y robles, estendiéndose aquí por una pelada meseta, apoyándose allá sobre los mas desgajados peñascos quince ó veinte lugares, de pobre aspecto, en la mayor parte de los cuales ocasiona el cambio de un duro tantas dificultades como puede causar en Paris la insoluble cuestion de Italia.

Aquella es la Cabrera.

Su accidentado suelo duerme seis meses del año bajo una capa de nieve. Sus cortos productos agrícolas apenas bastan para absorber el trabajo de los tres ó cuatro pueblos que adelantándose hácia el fondo de los valles dominaron el terreno protegido contra avalanchas y ventisqueros. Las otras poblaciones, sepultadas entre la nieve de las alturas durante el interminable invierno de las montañas quedan abandonadas por dias enteros al terminar la época del deshielo cuando disminuida la corriente del rio deja este sobre sus orillas finísimo polvo de oro, perceptible á la simple vista y mezclado con arcilla cuyo rojo color tiene á veces toda la anchura del agua.

La primera industria de aquellos habitantes consiste, pues, en la recoleccion del oro; y nada mas curioso que verlos agrupados en los últimos dias de la primavera recogiendo de las dos riberas, con un gancho parecido al de los traperos las preciosas arenas que el rio depositó en su lecho y que hacen ellos girar de pues en un plato cónico de madera hasta ver los granos lucientes depositados en el fondo por el mas sencillo método de lavado. Hombres, mujeres y niños vestidos de tosca lana que contrasta notablemente con la aparente riqueza de su profesion, trabajan asi con incesante afan hasta que cubierta la tierra de sombras se retiran con el producto del dia y suben lentamente á sus hogares cantando en coro coplas mal rimadas, en especial miscelánea de castellano anticuado y usual, cuyo estribillo se va repitiendo y apagando á lo lejos en toda su melancólica melodía hasta las gargantas mas apartadas.

A la ruda poesía de invierno han sucedido entonces todos los encantos primaverales. La nieve ya escondida en los altos picos sirve solo de blanco límite al horizonte; el paisaje se estiende despues entre rocas y enanos arbustos; se ensancha mas abajo matizado de verdes colinas, de bosques dilatados y espesos, y baja por fin hasta las orillas del rio dibujando acá y allá redondas y cortas praderas que aparecen en aquel inmenso cuadro como mullidos y esparramados almohadones de vistoso terciopelo. Poco á poco se hace mas densa la oscuridad; los rebaños de cabras que pasaron la siesta trepando en el monte llegan perezosamente á las aldeas y prestan con sus balidos un eco mas á la sublime armonía de los campos; las campanas de tantas iglesias humildes esparcidas á alturas diversas lanzan tambien á los aires el toque de oraciones y los cabrereses sosteniendo bajo los brazos el tosco sombrero portugués interrumpen la marcha para rezar colectivamente el *Ave-María* que acaso preside su

SENCILLA ORQUESTA.

mismo párroco sorprendido por la noche sobre una roca y pidiendo á Dios la bendicion para el trabajo del dia en el punto mas elevado de un bellísimo paisaje, en el instante mas solemne de una tarde de primavera, es decir, con las mas dulces y mas santas condiciones que puede alcanzar la oracion del hombre.

¡Cortos y sublimes episodios que nadie presencia fuera de sus actores! Porque otra semejanza que tiene la Cabrera con las mas primitivas regiones es su absoluto aislamiento del resto del universo. La garantía de su soledad es en efecto muy poderosa; es su inmensa pobreza. El oro recogido y lavado por muchos de sus habitantes en dos ó tres meses forma un miserable jornal para los doce que tiene el año; y aun este pobre salario ha estado mil veces á punto de desaparecer; hubiese faltado ya si los actuales sistemas de esplotacion hubieran presentado utilidad á los denunciadores de terrenos auríferos en la escasa cantidad de metal que contienen aquellas montañas, esplotadas siglos há con ejércitos de esclavos romanos cuya huella conservan aun al Norte de la Cabrera inmensas galerías y acueductos monumentales (1).

Fuera de esa industria segura y principal, fuera de esa breve y feliz temporada, la Cabrera es acaso el mas pobre rincon de una provincia pobre en su mayor parte. Cuando las primeras semanas de noviembre han incomunicado á fuerza de nieve las diversas aldeas de aquella montaña, cuando las noches de invierno lanzan de sus guaridas con el aguijon del hambre á las reses mayores en que abundan aquellos bosques, los cabrereses aunque ágiles y atrevidos apenas pueden reunirse para hilar y preparar en comun la poca lana de sus ganados. Semanas enteras viven sus familias disfrutando con trabajo algunas horas de luz natural, agrupadas de noche bajo la grasienta y negra campana de la chimenea; solo separados de sus escuálidos bueyes por una corta empalizada de sirces y helechos que dominan de pié los mas bajos, distinguiendo apenas sus perfiles entre el humo, al opaco resplandor de una tea recogida en el monte.

¡Cuántas veces estraviado en mi camino me he juzgado feliz con semejante abrigo! ¡Cuántas veces sentado junto á un aldeano de carácter agriado por la privacion y por la desgracia he secado así sobre mis propios miembros mi traje empapado por la nieve que contemplaban entre sorprendidos y espantados dos ó tres niños medio ocultos en los ángulos de aquella choza, morada comun de bestias y de hombres, mientras una madre prematuramente envejecida, de facciones regulares, de belleza todavía perceptible aunque ya marchitada por el sucio abandono y empañada tambien por la mano del pesar, procuraba acallar sobre su seno los quejidos de otro niño mas tierno, mientras mi caballo adelantaba su descarnada cabeza por encima de la empalizada y me enviaba con un tímido relincho la satisfaccion del descanso y mientras el aire vibraba con lúgubres sonidos en la única calle del pueblo, invadida quizás por los lobos! ¡Cuántas veces he recordado en aquellos bancos las noches brillantes del Teatro Real! ¡Cuántas tambien he buscado vanamente el progreso de nuestra civilizacion que no ha atravesado ni atravesará en mucho tiempo, con túneles y caminos, aquellas olvidadas montañas! . . . . . .

. . . . . .

Así trascurren para el cabrerés los peores meses del año; si la nieve se ha endurecido, si la atmósfera llega á aclararse las puertas de cada casa dejan paso á los niños adultos de las mas pobres aldeas, que confiados á su propio instinto bajan ya al través de los campos á utilizar en los pueblos del valle las lecciones de un maestro, casi nunca bastantes en número para que se perfeccionen en la lectura Si el sol completa el cuadro y derritiendo la nieve descubre momentáneamente las techumbres de aquellos lugares, el cabrerés envolviendo pié y pierna en sus complicadas *abarcas*, deja tambien el hogar doméstico cuando la terminacion del crepúsculo matutino ahuyenta en lo interior de los bosques á lobos y jabalíes y cargando económicamente un cañon mal enlazado á una desvencijada caja que con enfático abuso suele llamar su escopeta salta de cerro en cerro, de precipicio en precipicio tocando en algun punto desde el pico de una montaña á la torrecilla de otra aldea sin resbalar, sin vacilar siquiera hasta que llega al mas próximo manantial. Ocúltase allí en el añoso tronco de una encina; descubre sin conmocion los rojos y delicados piés de algunas perdices que se destacan sobre la alfombra de los campos en el radio que el agua de la fuente preservó del manto de la nieve y solo cuando las aves pintadas, despues de mitigar la sed, tienden por los aires un vuelo sonoro, abate el cabrerés con un tiro tres ó cuatro de las perdices fugitivas. El mismo las recoge aun palpitantes, las enlaza por el pico con un junco y escondiendo entre los árboles su escopeta, camina rápidamente á la ciudad inmediata. Nada importan las ocho leguas que en un dia debe recorrer; nada tampoco su ignorancia de los caminos, ni que desconozca completamente la poblacion á donde se dirija así como toda ciudad, así como todo hábito de civilizacion, cuenta de antemano con su penetracion de montañés y nunca falla su inteligencia en tan sencillo comercio; siempre regresa en las primeras horas de la noche con esa serenidad mezclada de resignacion que es el sentimiento mas frecuente en la vida de los campos, con una sola peseta por cada tres perdices vendidas.

En semejante existencia, en medio de las fatigas casi nunca recompensadas, en los intervalos que separan los mil oficios de labrador, de cazador, de carbonero, de guia, de lavador de oro á que apela el cabrerés segun las circunstancias de cada año y que no bastan á darle la tristísima paz que puede llamarse el *confort* de aquellas montañas, hay no obstante un período que llena por completa la única dicha descubierta hasta hoy sobre la superficie de la tierra; la dicha de un amor casto y recíproco.

Cuando los matrimonios de la Cabrera no son un tratado de dos familias para juntar veinte cabras con dos vacas y hallar una pobre casa que dé albergue á una pareja de la especie humana; cuando no son los matrimonios de conveniencia que allí como en todas partes representan un asunto comercial seguido de la union material de dos sexos, suele precederles esa época afortunada que es la única fuente de recuerdos para las tristes noches de invierno trascurridas entre holganza y miseria.

En aquellos dias venturosos conocí yo á Pablo, hábil director de nuestras cacerías, jóven de singular talento natural, dotado ademas de la prematura esperiencia de la desgracia, diestro en todas las profesiones del montañés, que conocia por palmos la Cabrera y aquí en sus mismos compatriotas llamaban generalmente *Pablo el Cabrerés*, como si aquel tipo esbelto, laborioso é inteligente fuese la mas genuina espresion del hijo de las montañas.

Pablo, huérfano desde la niñez, habia nacido en Saceda, en un lugar colgado de las rocas, allá cerca de un elevado pico, lugar cuyas humildes habitaciones parecerán peligrosas á las águilas y cuyo conjunto se destaca sobre la rápida pendiente como un caprichoso relieve tallado en la piedra por titanes. Pablo, por fortuna suya no habia visto nunca zarzuelas, pero nadie comprendia mejor que él aquellos versos del *Valle de Andorra*.

Hijo fiel de esta montaña,
mas que pompa y vanidad
yo prefiero mi cabaña, etc.

Y aunque sus escursiones de cazador y de guia le llevaron alguna vez á villas muy distantes, Pablo reservó su corazon para una cabreresa y sin mas patrimonio que la casa heredada, cuarenta cabras guardadas por un primo muy niño, una huerta que él mismo cultivaba y un instrumento destructor que podia llamarse carabina, tuvo la audacia de poner su amor en una zagala del llano y tuvo tambien la dicha de ser correspondido, sin que los padres de la jóven, dueño futuro de vacas, prados, y cabras, heredera en una palabra de lo que allí constituye riqueza, viesen con disgusto el amor del laborioso mancebo.

Pablo comenzó, por consiguiente, sus relaciones oficiales con María. Desde entonces no pasó una mañana de primavera sin que al romper el alba las nubes del Oriente se hallara Pablo fuera de su pueblo descendiendo rápidamente la media legua que le separaba de su querida, y cuando los techos de pizarra que cubren todas las casas de la Cabrera reflejaban los primeros rayos del sol y adquirian con el rocío de la noche un brillo plateado que ofusca la mirada, ya Pablo y María cambiaban una sonrisa ó buscando un camino contrario al de los lavadores de oro, entraban por el monte en pos de las cabras, sin que ni ellos ni los pastores que les hallaban vieran en este aislamiento mas que un efecto natural de la noticia que habian oido, la de que *Pablo hablaba con María*.

Si en las tardes de invierno un cabrerés mas arriesgado que sus compañeros volvia de la caza feliz y presuroso, era Pablo que al vender sus perdices, compraba siempre una cinta para María. Si en las noches de verano mientras la luna presidia con dulces fulgores un bello cuadro de paz, cuyo marco formaban por todas partes colinas cubiertas de flores aromáticas, oíase á lo lejos en lo mas alto de las montañas una voz varonil que se mezclaba con el ruido de las cascadas y con el canto de los gilgueros, era Pablo que antes de llegar á Saceda enviaba á María su postrer recuerdo.

Llegó, sin embargo, un dia de agosto, el dia de Nuestra Señora; grupos de cabrereses vistosamente ataviados con trajes domingueros, bajaron al llano desde los pueblos de la montaña, el ruido del tamboril llenó de alegría los valles y los bosques; salvas de fusilería anunciaron en dos ó tres pueblos un acontecimiento estraordinario; las mozas de varias aldeas subieron á Saceda repicando las castañuelas y tapizaron de flores el humilde pórtico de la iglesia; era que aquella mañana entraba María en la casa de Pablo.

PIO GULLON.

(1) Las Médulas.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.